**Carta a un joven profesor.**

**Porque enseñar hoy**

**Philippe Meirieu**

**EN EL CENTRO DE NUESTRA PROFESIÓN: LA EXIGENCIA.**

EN EL CENTRO DE NUESTRA PROFESIÓN: LA EXIGENCIA.

En la práctica, en el día a día, no se pregunten si es el alumno o el saber el que está en el "centro del sistema". Enseñen lo mejor posible, esfuércense por transmitir a los alumnos los conocimientos definidos por los programas, tal como son. No por ellos pierdan la esperanza de hacer a vuestros estudiantes mejores, más atentos, más rigurosos, más comprometidos con su aprendizaje. Tampoco se prohíbe dar algún rodeo por conocimientos que no están inscritos en el programa cuando éstos les parecen idóneos de llevar a los alumnos hacia los programas en cuestión.

"El alumno en el centro de sistema" es un principio que demuestra sentido común en una sociedad laica y democrática que desea transmitir a todos sus hijos los fundamentos de la ciudadanía. "¿Acaso no deben converger todos los esfuerzos hacia el alumno, el centro común?". De hecho, ¿quién podría afirmar lo contrario?

Por supuesto, siempre quedan algunos ignorantes que piensan que esta fórmula significa el abandono de toda exigencia, que instituye la adoración ciega por el alumno y la obediencia a todos sus caprichos. Un profesor de matemáticas de 33 años escribió:

*"Cuando se conoce el empeño de la mayoría de profesores por transmitir un conocimiento y las dificultades que encuentran en la práctica de esta tarea, elegir entre "el culto a la juventud" o la "trasmisión de los conocimientos" es la clave de las reformas futuras: la señal del "¿cómo hacer?".*

¿HAY QUE ESTAR MOTIVADO PARA TRABAJAR O TRABAJAR PARA SENTIRSE MOTIVADO?

Dejemos de lado la reflexión de todos los grandes pensadores de "la escuela moderna" en este ámbito. Dejemos de lado las asociaciones rápidas entre la motivación y el juego. Dejemos de lado el esquematismo que ser atribuye al pedagogo que imagina poder obtener del niño un trabajo escolar “sin la menor dificultad...". Todo esto no es serio. Cualquier profesor sabe que debe conjugar al mismo tiempo la motivación y el trabajo, sin que uno anteceda al otro, y sin convertir uno de los dos elementos en condición para acontezca el otro.

HACER EMERGER LA MOTIVACIÓN EN EL TRABAJO...

En efecto, imponemos al alumno muchas actividades que él no pide, y para las cuales no puede sentirse motivado de antemano, y dejamos completamente de lado las satisfacciones que pueden brindarle. Pero no por ello tenemos que resignarnos a hacerlo trabajar por simple sumisión, servidumbre o miedo al castigo. Todo nuestro esfuerzo consiste en hacer surgir la motivación en el propio movimiento del trabajo: para ello proponemos tareas al alumno. Tareas en las cuales suponemos que puede invertir su energía, tareas cuyos contornos puede identificar y cuyo resultado puede, al menos en parte, anticipar. Sabemos que estas tareas van a requerir un esfuerzo por su parte, pero vinculamos, consustancialmente, este esfuerzo a nuestro propio esfuerzo por hacerle descubrir satisfacciones intelectuales inéditas, horizontes nuevos que estimularán su curiosidad.

…Y PONER EN MARCHA UN AUTÉNTICO TRABAJO CUANDO NOS APOYAMOS EN LA MOTIVACIÓN.

No se trata de erradicar el principio de placer y de sustituirlo a la fuerza por la dura ley del trabajo forzado, ¡esto garantizaría el fracaso! Pues el niño o el adolescente sólo renunciarán a su placer para encontrarlo en otra cosa, en la protesta inútil, en la persecución de los demás u en conductas delictivas. Nuestra tarea, por el contrario, consiste en acompañar la evolución de un sujeto para que, progresivamente, halle placer el trabajo realizado. Aquí no cabe la menor discusión, al contrario, lo que cabe es una exigencia recíproca que no necesita ser verbalizada; una promesa de uno que alimenta el compromiso del otro y viceversa. En resumen, nada más que este acto pedagógico que estamos buscando y del que nos alejamos irremediablemente cada vez que exigimos la obediencia ciega como requisito de la inteligencia y la domesticación como requisito de la libertad.

De igual manera, del mismo modo que nos esforzamos por hacer surgir la motivación en el trabajo, debemos empeñarnos en poner en marcha un auténtico trabajo cada vez que nos apoyamos en la motivación. Respecto a eso, no soy de los que desprecian a los compañeros que proponen a los alumnos un "trabajo sobre (el peinado) las rastas". Si dicho trabajo permite entender cómo un movimiento musical puede convertirse en una válvula de escape a la delincuencia; que significa el contratiempo en música; cual es el papel histórico de Hailé Sélassié, Emperador de Etiopía; cuál es la diferencia entre una religión y una secta; cuál es el sentido de los ritos iniciáticos o el de las marcas en la ropa de las personas; quizá lograremos, en un plazo de tiempo razonable, que los alumnos lean obras más elevadas. Bonito reto, aceptado sin autorización excepcional del director de la escuela. Bonito trabajo para conseguir, sin la menor renuncia y sin el menor angelismo, el acto pedagógico.

NO DESPRECIAR LO QUE PUEDE MOVILIZAR A LOS ALUMNOS…

Por eso los intelectuales bien pensantes nos acusan de rebajar los conocimientos, de liquidar la ambición de la escuela, de privar a nuestros alumnos de los conocimientos y de la cultura a la que tienen derecho. Se burlan de nuestros intentos, a sus ojos lamentables, de apoyarnos en sus motivos de interés, de hacerles realizar carteles sobre efectos especiales en el cine o presentaciones sobre Harry Potter. Esperemos que detrás de sus críticas no se esconda ninguna renuncia egoísta: "Enseñen una verdadera cultura a quienes la merecen y son dignos de ella… Y echen a los demás de la escuela lo antes posible. Por ejemplo, después secundaria, pueden mandarlos a un curso rápido de capacitación para el trabajo…” Pero tampoco usemos nuestros sistemas pedagógicos personales como una excusa para renunciar a enseñar. Que no sirva como una negativa a acompañar a las personas tomándolas allá donde están, no para dejarlas sino, al contrario, para hacerlas progresar de un modo exigente.

…DESDE EL MOMENTO EN EL QUE MANTENEMOS CON FIRMEZA LA EXIGENCIA DE CALIDAD.

Todo se encuentra, pues, en la exigencia: el trabajo sobre las rastas, los carteles sobre efectos especiales en el cine o las presentaciones sobre Harry Potter pueden ser, claro está, una manera de abandonar a los alumnos en su mediocridad cultural, y excluirlos de cualquier auténtica cultura... Pero no es este el caso cuando acompañamos a los alumnos, siguiéndolos de cerca y un modo eficaz, buscando las preguntas planteadas y las posibles respuestas, atentos a aquellos pequeños detalles de "forma", que tan a menudo tendemos a considerar secundarios. Hay que utilizar un vocabulario preciso y formular frases correctas. Hay que dar un paseo por la historia con la finalidad de comprender. Hay que estructurar el discurso, utilizar argumentos con proyección y ejemplos adecuados con la finalidad de hacerse oír. De hecho, es necesario que la palabra más insignificante, la expresión más insignificante, el gesto más insignificante, se hagan con una exigencia absoluta de calidad.

Existe algo fundamental para mí en este reconocimiento, algo que he acabado por convertir en el rector de nuestras actividades profesionales: *a partir del momento en que se trabaja con la máxima exigencia, cualquier actividad humana lleva en sí toda la inteligencia humana*. Jamás puede haber un objeto de trabajo que merezca, de entrada, nuestro desprecio. Cualquier objeto de trabajo es digno de elevar a quien lo haga a "la humana condición". Todo conocimiento que se explore hasta los menores recovecos, expuesto con el mayor rigor posible y que llegue hasta el final de lo que de él se puede entender en un momento dado de la historia de los hombres, hace que " el hombre " sea hombre.

Encontré esta exigencia cuando trabajaba en una escuela con compañeros "profesores de taller" que conseguían que los alumnos fabricaran piezas perfectas, cuando mí sólo me entregaban trabajos infames. También comprendí esta exigencia al escuchar a mis compañeros enseñar cómo "el aprendizaje permite a un individuo inmaduro y disperso convertirse en un hombre maduro, centrado y responsable" mediante la búsqueda incansable del "gesto justo de calidad". He visto esta exigencia actuar en pequeños artesanos en grandes investigadores; en artistas y obreros. Con ellos descubrí que la calidad no es un juicio subjetivo, sino algo que brota de las cosas mismas, que consiguen expresar, con unos mínimos medios, las realidades más universales. En este punto, no existe diferencia entre un poema y una fórmula de física, entre la actuación de un deportista y la demostración del filósofo, entre la labor de un mecánico y el trabajo del alumno.

ACABAR CON LAS JERARQUÍAS ARBITRARIAS ENTRE LAS DISCIPLINAS DE ENSEÑANZA.

Aunque enseñemos lengua o tecnología, cocina o física, contabilidad o biología, gimnasia o geografía, electricidad o lenguas clásicas, somos ante todo portadores de esta exigencia de calidad sin la cual ninguna de nuestras asignaturas, ningún conocimiento humano, se habrían podido constituir.

Se acabó pues la supuesta jerarquía de las disciplinas escolares. Y es que, si bien es correcto que una sociedad especifique las asignaturas a las que concede mayor importancia para el éxito y la integración social de sus miembros, en ningún caso se puede justificar que se haga una distinción entre estas asignaturas a la hora de valorar la inteligencia de los hombres y el modo en que pueden permitir a cada uno crecer. Creo que es indispensable, hoy en día, buscar por la igualdad de la dignidad de la cultura científica y técnica frente a las tradicionales humanidades. Quisiera que los profesores de asignaturas técnicas fueran reconocidos, del mismo modo que los de las prestigiosas disciplinas generales, como los auténticos intelectuales que son. Quisiera que dejáramos olvidar a un tercio de los alumnos de escuela que se presentan actualmente a una carrera técnica y que se les permitiera el acceso, como a otros, a la reflexión filosófica. Quisiera que la escuela dejara de promover una cultura superficial, que se olvida con la misma celeridad con la que se repite, e implicara a todos los jóvenes en la acción exigente de búsqueda de calidad para que pudieran “hacer una obra de sí mismos".

SER EXIGENTE CONSIGO MISMO Y CON LOS ALUMNOS.

La exigencia lo trasciende todo. Basta con ser exigente con todo y con el menor detalle. Exigente consigo mismo igual que con los alumnos. Tan exigente para las tareas más insignificantes y cotidianas como para los momentos más excepcionales y ritualizados. Tan exigente con el trabajo para el cual intentamos motivar a nuestros alumnos, como con las actividades que elige libremente. Sin intentar volverlos “adictos” de manera demagógica, sino poniendo en marcha una dinámica a través de la cual se “engancharán” ellos mismos, se pondrán en movimiento y se proyectarán hacia el futuro... Cualquier profesor lo sabe, sabe esto porque lo ha vivido en su propia piel y este acontecimiento ha determinado la elección de su profesión; lo sabe porque ha visto, al menos una vez, a un alumno atrapado en el juego del saber, y porque ni él ni el alumno acaban de creérselo…

No digo que todo vale, dijo que *la exigencia de calidad -llevada por el deseo de alcanzar la perfección de humanidad- es la que distingue lo que vale.*

Lo que vale es, justamente, que nuestro oficio nos obliga a enseñar.